

Descartes y el comienzo de un mundo nuevo¹

Newton Cunha

En el siglo XVII, hay una época en la que el conocimiento, con mucho más ímpetu que antes, amplía sus propias posibilidades de contemplar y actuar en el mundo, dividiéndose en tres ámbitos o constituyendo tres esferas que ahora son distintas pero eventualmente complementarias: la teología, la filosofía y la ciencia. En ese momento, era tanto deseable como posible reconstruir las formas y objetos de la Razón. Se inició una nueva época en la historia de la filosofía, caracterizada entonces "en cierto sentido -según Adorno- por una crítica del procedimiento de las definiciones, es decir, cuando se juzgó que la definición pura de los conceptos y el desarrollo de la conciencia, a partir de ellos, no conducen a nada si no se ha asegurado previamente que algo corresponde al concepto y si el concepto representa verdaderamente, con exactitud y fidelidad, la cosa a la que se refiere" (*Terminología Filosófica*).

Esta observación proviene, entre otros factores de naturaleza socioeconómica y cultural, de pensadores como Bacon o Galileo, cuyas trayectorias siguen caminos nuevos e independientes, así como de instituciones recientes como la *Royal Society* de Londres, creada en 1645, donde se busca entonces una filosofía eficaz (*effective philosophy*). También Descartes, en el Discurso del Método, compara su filosofía con un vasto edificio en construcción, cuanto más bello y mejor acabado es el trabajo de un solo arquitecto:

¹ Publicado originalmente como prefacio a *Descartes, Obras Selectas*, Edición Perspectiva.

"se ve que los edificios emprendidos y terminados por un solo arquitecto suelen ser más bellos y mejor ordenados que los que muchos han tratado de renovar, aprovechando los viejos muros contruidos para otros fines".

Tal edificio, a diferencia de la austera y antiquísima certeza escolástica, construyó sus bases sobre las arenas movedizas de la duda. Y esto debe hacerse porque las opiniones son frágiles y variables, porque los sentidos engañan y la vigilia se asemeja, no pocas veces, a los sueños. Desconfianza, por cierto, que se remonta a Platón (por ejemplo, en su Teeteto), para quien la certeza, al provenir de la sensibilidad inmediata, ya era vista como engañosa. Son sospechas que contaminan un pensamiento dedicado al descubrimiento de la verdad, situado, por tanto, más allá o detrás de las apariencias. Pero hay que decir de paso que las incertidumbres o vacilaciones de Descartes se refieren sobre todo a los "primeros principios del conocimiento" (a la metafísica), ya que "aunque los sentidos nos engañan a veces cuando se trata de cosas poco sensibles y muy distantes, podemos encontrar muchos otros de los que no podemos dudar razonablemente, aunque los conozcamos a través de ellos: por ejemplo, que estoy aquí, sentado junto al fuego, vestido de bata, teniendo este papel entre mis manos y otras cosas de esta naturaleza. ¿Y cómo podría negar que estas manos y este cuerpo son míos? A menos que me compare con esos tontos cuyos cerebros están tan perturbados y ensombrecidos por los negros vapores de la bilis que constantemente se aseguran de que son reyes cuando son muy pobres; que están vestidos de oro y púrpura cuando están completamente desnudos; o se imaginan ser jarras o tener un cuerpo de cristal. ¿Pero qué? Están locos y no sería menos extravagante si me guiara por sus ejemplos" (Meditaciones). O de

nuevo: "Y finalmente, doy todas las razones por las que es posible concluir la existencia de las cosas materiales: no es que los encuentre muy útiles para probar lo que prueban, es decir, que hay un mundo, que los hombres tienen cuerpos y otras cosas semejantes, que nunca han sido puestas en duda por ningún hombre de sentido común; sino porque, considerándolos de cerca, se llega a saber que no son tan firmes ni tan evidentes como los que nos llevan al conocimiento de Dios y de nuestra alma; de modo que estos últimos son los más seguros y los más evidentes que pueden caer en el conocimiento del espíritu humano" (ídem).

En el campo filosófico, por lo tanto, la duda es el verdadero remedio para la reflexión. Si se trata sistemáticamente, nos lleva a un punto absolutamente insuperable y seguro, es decir, a la etapa en la que ya no es posible ningún juicio falso o ilusorio, al *aliquid inconcussum*: si dudo, pienso; si pienso, soy. Por lo tanto, la verdad ideal está necesariamente relacionada con el acto reflexivo de la razón. Y, en este caso, por una "inspección directa del espíritu", por una intuición perceptiva, sin necesidad de un silogismo cuya premisa principal sería: "todo lo que piensa es o existe".²

De ahí que la facultad de saber, y por ello de actuar en el mundo, coincida y defina mejor la propia existencia humana. En respuesta a sus críticos, se observa la insistencia en el valor de la actividad espiritual: "Todas las cosas que podemos entender y concebir no son para ellos (los críticos) más que imaginaciones y ficciones de nuestro espíritu y que no pueden tener ninguna subsistencia: de lo que se

² Vico, en su libro *De Antiquissima Italorum sapientia*, cree haber encontrado el origen del cogito en un verso de Plauto (de la obra *Amphytrio*), dicho por el personaje Sósia: "pero cuando pienso, no hay duda de que soy lo que siempre he sido" (*sed quum cogito, equidem certa idem sum qui semper fui*). En la Ciudad de Dios, Agustín ya había argumentado: "Existimos realmente y lo conocemos, y amamos esta existencia y este conocimiento. En contra de esta verdad, no temo ningún argumento de los académicos, cuando dicen: - Pero si te equivocas... Si, de hecho, me equivoco, existo".

deduce que no hay nada excepto lo que no puede ser comprendido, concebido o imaginado de ninguna manera, lo que debe ser admitido como verdadero: es decir, que hay que cerrar totalmente la puerta a la razón y contentarse con ser un mono o un loro y no ya un hombre, para merecer ser puesto al nivel de estos espíritus exaltados" (Carta a Clerselier, objeción 566).

Considerando como verdadera una sustancia primera ("toda cosa en la que reside inmediatamente como en su sujeto o por la que hay algo que concebimos"), creativa, perfecta y por lo tanto absoluta, es decir, Dios, tal sustancia es también única o incomparable. Al mismo tiempo, hay cosas o fenómenos materiales, es decir, cuerpos finitos que se caracterizan por una forma, un límite y por su divisibilidad, constituyendo la *res extensa*. Por último, hay una sustancia diferenciada de las anteriores, el espíritu, cuyo principal atributo no es la mera materialidad y la extensión común a los cuerpos. Es un universo aparte, en el que se manifiesta el pensamiento, la conciencia de sí mismo, la comprensión y la voluntad de actuar. "Pero, ¿qué soy yo, entonces? Algo que piensa. ¿Qué es una cosa que piensa? Es algo que duda, que concibe, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina también y que siente". Esta sustancia muy humana es la *res cogitans* (recordemos rápidamente que estas diferentes sustancias serán unificadas por Spinoza en la sustancia divina, que a su vez poseerá infinitos atributos y formas de manifestación). Es en el ámbito de este universo espiritual o del alma donde se dan y formulan las ideas, y en el que también se manifiestan la voluntad y la imaginación, lo que significa aún que la *res cogitans* asume el papel de lastre o garantía de objetividad, de lo inmediato o lo concreto. En ciertos aspectos, además, Tommaso Campanella ya

se ha anticipado a este juicio, que algunos llaman *performativo*:³ "Tres son las cosas más seguras para nosotros: lo que somos, lo que sabemos y lo que queremos. Sabemos que somos, que amamos nuestro ser y nuestro conocimiento; y en estas tres certezas no hay ninguna falsedad que nos pueda perturbar, mientras nos equivocamos sobre aquellos objetos de los que tenemos conocimiento a través de las imágenes e impulsos que provienen de ellos" (*Filosofía Universal*, libro 1).

Actualmente, Descartes es conocido por haber separado claramente el mundo espiritual-racional del mundo físico-material, o el ser del alma del ser somático. Pero es posible que las cosas no sean tan radicales como afirma la tradición, y tal separación, aunque sea cierta, tal vez haya sido exagerada por el método. Si no veamos: en el resumen inicial de las Meditaciones, dice en relación con la sexta reflexión: "Demuestro que el alma del hombre es realmente distinta del cuerpo y, sin embargo, está tan estrechamente conjugada y unida a él que compone como si fuera una sola cosa con él. Todos los errores que provienen de los sentidos se exponen allí con los medios para evitarlos". Ya dentro del texto se ve que al menos la imaginación (parte de la *res cogitans*) tiene mucho que ver con la realidad corporal: "La facultad de imaginar que existe en mí, y de la que veo por experiencia que me sirvo cuando me aplico a la consideración de las cosas materiales, es capaz de persuadirme de su existencia; pues cuando considero atentamente lo que es la imaginación, veo que no es más que una aplicación de la facultad que conoce al cuerpo que está íntimamente presente en él y que por tanto existe. Más adelante reafirma: "No sin razón creí que este

³ El juicio performativo es el que no sólo determina algo, sino que lo realiza en el acto mismo de la declaración. El hecho de decir que pienso sólo puede ser expresado porque existo como alguien que piensa.

cuerpo (que por cierto derecho particular llamé mío) me pertenecía más propiamente y más estrechamente que cualquier otro. Porque nunca pude separarme de él como de otros cuerpos; sentí en él y por él todos mis apetitos y todos mis afectos; y finalmente fui tocado por sentimientos de placer y dolor en sus partes y no en las de otros cuerpos que están separados de él.

El problema de las sensaciones físicas y corporales reside en el hecho de que también son capciosas o ilusorias. Por eso, "muchas experiencias gradualmente arruinaron todo el crédito que le había dado a los sentidos. Porque he observado a menudo que las torres, que de lejos me parecían redondas, de cerca eran cuadradas, y ese coloso, erigido en los picos más altos de estas torres, me parecían pequeñas estatuas cuando las miraba; y así, en una infinidad de otras ocasiones, encontré error en los juicios basados en los sentidos externos. Y no sólo en los sentidos externos, sino también en los internos: ¿hay algo más íntimo o más interno que el dolor? Sin embargo, una vez aprendí de algunas personas a las que les habían cortado los brazos y las piernas, que todavía parecían sentir a veces dolor en las partes que habían sido amputadas; esto me hizo pensar que no podía estar seguro de que yo también hubiera herido algunos de mis miembros, aunque sentía dolor en ellos"; así que "ahora que empiezo a conocerme mejor y a descubrir más claramente al autor de mi origen, no creo que deba admitir con miedo todas las cosas que los sentidos parecen enseñarnos, pero no creo que deba cuestionarlas todas en general". Entre otros hechos porque "La naturaleza me enseña también a través de estos sentimientos de dolor, hambre, sed, etc., que no sólo estoy alojado en mi cuerpo, como un piloto en su nave, sino que, además, estoy muy estrechamente conjugado con él y tan confundido y mezclado que

compongo con él un todo único". Por lo tanto, es perfectamente posible concebir que el argumento proviene de una evidencia: si un cuerpo fuera suficiente para la actividad psíquica o espiritual, todos los seres vivos podrían realizarla. El cuerpo es necesario y ejerce una gran influencia en el pensamiento, pero no sería su causa completa y suficiente.

En cuanto a las ideas capaces de ser formuladas por la res cogitans, pueden ser de tres tipos: las facticias, formadas por la voluntad y que combinan elementos dispares cuando, por ejemplo, imaginamos un dragón o un centauro; las adventicias, que parecen provenir de objetos fuera de la conciencia, pero que no se confunden con los mismos objetos que provocan sensaciones, porque si fuera de nosotros hay objetos y sus movimientos, la sensación de dolor no se mezcla con la causa, es decir, todas las cualidades de la sensación están en nosotros, no en los objetos o fenómenos de fuera. Como espiritualista o idealista convencido, Descartes no aceptó una explicación totalmente materialista o empírica, porque no percibimos los procesos cerebrales internos, sino los atributos y resultados de las percepciones. En otras palabras, y en el lenguaje actual, no percibimos los impulsos y contactos nerviosos de las sinapsis, sino, por ejemplo, los colores, los acordes consonánticos o las ideas que resultan del proceso neurológico. Por último, están las ideas naturales o innatas que el espíritu produce independientemente de las sensaciones y la voluntad. Y a este respecto Descartes dice: "... nunca he pensado o escrito que el espíritu necesite ideas naturales que sean algo diferente de la facultad que tiene para pensar. Pero, reconociendo que hay ciertos pensamientos que no proceden ni de objetos externos ni de la determinación de mi voluntad, sino sólo de la facultad que tengo de pensar, para establecer alguna diferencia

entre las ideas o nociones que son las formas de estos pensamientos (o de estas operaciones de la conciencia) y para distinguirlos de otros que podemos llamar extraños (los adventicios) o hechos por placer (las facticias), los he llamado naturales; pero lo digo en el mismo sentido en que decimos que la generosidad o alguna enfermedad es natural para ciertas familias Cuando digo que alguna idea nació con nosotros, sólo entiendo que tenemos en nosotros la facultad de producirla" (Respuesta a Regio).

Pero si se trata del propio pensamiento del hombre, es decir, si es sobre todo una máquina de razonar más que algo extenso o material, aunque viva, esta evidencia se muestra igualmente por el hecho de que, al pensar, posee las ideas de lo verdadero y lo falso, de lo que es cierto y del falso, del bien y el mal, de lo bello y lo feo. En consecuencia, esta facultad espiritual adquiere dignidad por el hecho de que proporciona no solo certezas cognitivas (la verdad, el correcto), sino también mejoras prácticas de su existencia (el bien, lo bueno, lo bello). Por eso escribió a Cristina de Suecia en una carta: "Los bienes del cuerpo y de la fortuna no dependen absolutamente de nosotros; y los del alma están ambos relacionados con dos conductores que son: uno, conocer, el otro, querer lo que es bueno; pero a menudo el conocimiento está más allá de nuestras fuerzas; por eso no queda nada más que nuestra voluntad, de la que podemos disponer enteramente. Y no veo cómo se puede usar mejor cuando uno siempre tiene la firme y constante resolución de hacer exactamente todas las cosas que uno pensaría que son las mejores y emplear todas las fuerzas del espíritu para conocerlas bien". Lo que se repite en otros términos en Las Pasiones del Alma: "...estas cosas son útiles saberlas para animar a cada uno de nosotros a aprender a observar sus pasiones; pues, como se puede, con un poco de

ingenio, cambiar los movimientos del cerebro en los animales desprovistos de razón, es evidente que se puede hacer aún mejor en los hombres, y que incluso los que poseen las almas más débiles podrían adquirir un imperio absoluto sobre todas sus pasiones, si emplearan mucha ingeniosidad en domarlas y dirigir las”.

Para el descubrimiento de la verdad y la práctica del bien es indispensable, sin embargo, que el hombre mismo impóngase reglas: "...es mejor no buscar la verdad sobre algo que hacerlo sin método: pues es muy cierto que estos estudios desordenados y meditaciones oscuras perturban la luz natural y ciegan el espíritu. Y todos aquellos que están acostumbrados a caminar en la oscuridad disminuyen tanto la agudeza de su visión que ya no pueden soportar la luz completa". Y la primera de sus reglas es la que él se da a sí mismo: "nada que incluir en mis juicios que no se presente tan clara y distintamente a mi espíritu que no tenga ocasión de dudar de ello". Por lo tanto, es posible convencerse de que hay causas para los fenómenos, ya que nada viene de la nada; que algo no puede ser y no puede no ser, simultáneamente; o que la realidad de la idea contiene ya una búsqueda de la causa, que existe no sólo de manera objetiva, sino también de manera formal y todavía eminente. En resumen, las reglas cartesianas, basadas casi enteramente en el sentido común, son: evidencia, análisis (o división), deducción y enumeración (experimentación o suposición de ejemplos similares, de acuerdo con los pasos anteriores). Tan simple que Leibniz las juzgó prácticamente innecesarias: "Y casi digo que son las reglas del método similares al necio precepto de ese químico: toma lo que debes, procede como debes y tendrás lo que quieres" (citado por Ivan Lins en *Descartes: Época, vida y obra*).

Otro procedimiento necesario para la sabiduría es la separación de la filosofía y la ciencia, por un lado, y la teología, que sigue siendo culturalmente predominante, por otro, dadas las diferencias en sus formas y objetivos. En primer lugar, porque la filosofía y la ciencia nacen de la duda y se construyen en el ámbito imperfecto de los seres humanos, mientras que la teología proviene de una sustancia divina, soberanamente perfecta; en segundo lugar, porque la fe no se basa en la inteligencia y la voluntad, sino solo en esta última facultad. Con cautela, para evitar fricciones con el juicio del Parlamento de París (1624), que condenó a muerte a todo aquel que enseñara principios contrarios a los autores antiguos ya aprobados, o consecuencias como las que entonces sufrió recientemente Galileo,⁴ dice Descartes en las Reglas para la Dirección del Espíritu: "He aquí los dos caminos más correctos para conducir a la ciencia (se refiere a la intuición y a la deducción). En lo que respecta a la inteligencia, no se debe admitir más que esto, y todos los demás deben ser rechazados como sospechosos y expuestos al error. Sin embargo, esto no impide que, en relación con lo revelado por Dios, se crea como conocimiento aún más cierto, ya que la fe, que siempre trata de cosas oscuras, no es un acto de inteligencia, sino de voluntad, y que, si tiene bases en el entendimiento, las que hay pueden y deben encontrarse, en primer lugar, por una u otra de las vías ya mencionadas, como algún día podremos mostrarlo más ampliamente". No es raro que Descartes asuma este comportamiento de *larvatus prodeo* (mostrándose de forma delirante y disfrazada).

⁴ Sobre la condena de Galileo, Descartes escribió al Padre Mersenne (carta del 22 de julio de 1633): "Me sacudió tanto que me sentí propenso a quemar todos mis papeles o al menos a no dejar que nadie los viera... Confieso que si es falso (el movimiento de rotación terrestre), todos los fundamentos de mi filosofía también lo son".

Al mismo tiempo, la ciencia interviene para suplir las necesidades prácticas y hacer la vida más cómoda: "en lugar de esta Filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar otra práctica mediante la cual, conociendo el poder y las acciones del fuego, el agua, el aire, las estrellas, los cielos y todos los demás cuerpos que nos rodean, tan claramente como conocemos los diversos misterios de nuestros artesanos, podríamos emplearlos de la misma manera en todos los usos para los que son apropiados, y así llegar a ser como dueños y poseedores de la naturaleza. Lo que es deseable, no solo para la invención de una infinidad de artificios, que nos permitirían disfrutar sin costo alguno de los frutos de la tierra y de todas las comodidades que en ella se encuentran, sino sobre todo para la conservación de la salud, que es sin duda el primer bien y el fundamento de todos los demás bienes de esta vida.

La distinción entre la filosofía y la teología se hace todavía en una tercera área, la que une una cierta concepción del hombre y la moral. Emmanuel Faye comenta: "Es allí donde vemos la verdadera separación entre la filosofía y la teología, es decir, entre dos concepciones, la natural y la sobrenatural, de la felicidad y la perfección del hombre... Un filósofo como Descartes se basa en tal distinción para delimitar con precisión el horizonte de la filosofía natural, que solo considera la naturaleza, y no se autoriza a sí mismo a hablar de la gracia. La filosofía, entonces, concibe al hombre solo en el estado actual y no, como el teólogo, "antes de la caída". Las declaraciones de Descartes a Burman son capitales en este sentido. Burman le pregunta: - ¿Por qué no debería tener el mismo poder para suspender mi juicio y hacer buen uso de mi libre albedrío en las cosas sobrenaturales que en las naturales? El filósofo responde: - Eso debería dejarse a los teólogos para que lo expliquen. Al filósofo le

basta con considerar al hombre tal como es en su condición natural; y así he escrito mi filosofía, para que sea recibida en todas partes, incluso entre los turcos, sin que yo sea una piedra en el camino de nadie" (Filosofía y perfección del hombre). Más adelante en el mismo texto, Faye afirma: "Nada está más lejos de la filosofía moral de Descartes que esta contemplación del cuerpo y de la carne, y puede decirse que Malebranche ha comprometido radicalmente con su método la distinción entre filosofía y teología, tan difícilmente conquistada en Francia por los filósofos del Renacimiento y por Descartes".

Y aquí nos permitimos un paréntesis para recordar que el idealismo de Descartes, que es también una ilustración temprana, fue una razón para que Heidegger criticara la forma en que se formuló el cogito y todo el conocimiento racional y científico. En el libro en el que analiza al filósofo alemán, George Steiner escribe al respecto: "Para Descartes, la certeza determina y confirma la verdad. La certeza, a su vez, se sitúa en el ego. El yo se convierte en el eje de la realidad y se relaciona con el mundo exterior de manera exploratoria, necesariamente explorador. El ego, como conocedor y usuario, es un depredador. Para Heidegger, por el contrario, el hombre y la conciencia de sí mismo no son el centro, los reguladores de la existencia. El hombre es sólo un oyente o un interlocutor privilegiado de la existencia... Lo que hacemos es buscar "la voz del ser" (*Martin Heidegger*)". Sin embargo, para el bien de la verdad, la crítica del filósofo alemán es mucho más amplia sobre la línea de tiempo histórica. En *Qué es esto, la filosofía*, dice que el pensamiento occidental, después de físicos como Heráclito o Parménides, da origen a la filosofía, es decir, a una meditación que, sobre todo, refleja o expresa el comportamiento propio del subjetivismo y el tecnicismo,

sustituyendo la pregunta original por el Ser (*die Frage nach dem Sein*) por la que pregunta por el ser de los seres (*die Seinsfrage*). Descartes, en esta trayectoria, no haría otra cosa que reafirmar, aunque de manera inédita, este viejo propósito que no volvería a los fundamentos y, por esta misma razón, mantendría al Ser en el olvido.

Volviendo al pensador francés, y analizándolo ahora desde un punto de vista teológico, si no se le puede acusar de ser materialista, como han hecho a veces las autoridades seculares y religiosas,⁵ se puede ver que la idea de Dios, aunque es la que garantiza la certeza del pensamiento, se encuentra de una manera que hasta entonces era poco convencional. Se deriva de la idea de perfección, ya que "lo que es más perfecto, es decir, lo que contiene en sí mismo la mayor realidad, no puede ser una consecuencia y una dependencia de lo menos perfecto". Pero esta misma idea, presente en el espíritu, hace que uno piense y desee una perfección indefinida, o una perfección acabada. De ahí que el autor concluya: "porque pienso, y pienso en Dios, Dios existe".

Si la idea de perfección y la idea de la existencia de Dios son inseparables en el pensamiento, es porque también lo son en la realidad. Si "no puedo concebir a Dios como existente, se deduce que la existencia es inseparable de él; no es que mi pensamiento pueda hacer que así sea, o que imponga alguna necesidad a las cosas; al contrario, la necesidad que está en la cosa misma, es decir, la necesidad de la existencia de Dios, me determina a tener este pensamiento. Porque no está en mi libertad concebir un Dios sin existencia, es decir, un ser soberanamente perfecto sin perfección

⁵ En los Países Bajos, bajo la influencia y la petición de la Academia de Utrecht, el Senado de la ciudad prohibió la enseñanza de la filosofía cartesiana "porque desvía a la juventud de la vieja y sana filosofía (aristotélica) y, finalmente, porque profesa varias opiniones falsas y absurdas. La Universidad de Leiden también lo acusó de blasfemia y, aún en el siglo XVIII, en Portugal, los jesuitas lo tenían oficialmente como hereje.

soberana". Sucede, sin embargo, que la idea misma de Dios, basada en la perfección, solo la conocemos a través del pensamiento. En síntesis, todo conocimiento se produce, refleja o contiene en el sujeto que piensa y el momento de reflexión no puede ser concebido sino admitiendo un momento de subjetividad que vuelve a la estructura del objeto pensado. En síntesis, si la conformidad entre la razón y el objeto está garantizada por la trascendencia divina, o por un diálogo con otro ser, engañoso o no, vuelve necesariamente al sujeto observador en forma de una "re-ascendencia", es decir, de una nueva escalada, esta vez intrínseca al espíritu. Todavía sobre este tema, es con gran agudeza que Charles Adam nos explica por qué Descartes se vuelve a Dios, incluso reconociendo que la razón natural es capaz de captar o formular verdades matemáticas indiscutibles: "Descartes responde (a los matemáticos ateos) que, llevados al límite de sus últimas defensas, no pueden escapar a una duda siempre posible sobre el origen de sus principios, a menos que tengan aquí la garantía de Dios para ellos. Sólo con Dios pueden tener la garantía absoluta. ¿Pero por qué esta palabra "absoluto"? Sin duda la teología había dado a los espíritus esta necesidad de certeza absoluta... y los filósofos la habían transpuesto a la ciencia, queriendo que les diera igual satisfacción. Y el único medio era apelar a Dios para garantizar, con su infalibilidad, los principios que servirán a la ciencia. De ahí, para ésta, la necesidad de una metafísica previa, en ausencia de la cual permanece expuesta a la duda, o tiene solo afirmaciones más o menos relativas, siempre sujetas a una garantía... en el siglo XVII, el espíritu tenía todavía exigencias que, sin duda, se debían a un largo ejercicio en la escolástica" (*Descartes: sus tres nociones fundamentales*, Revista filosófica de Francia y del extranjero, 1937).

Bréhier también observa, a su manera, esta natural y esquiva teología: "Es difícil imaginar lo paradójico que esta tesis debe parecer a los contemporáneos de Descartes: en la Escolástica, la afirmación de la existencia de Dios presta su certeza a las cosas sensibles, de donde vuelve a él como de un efecto a una causa. Por otro lado, el neoplatonismo parte de la intuición de un principio divino para pasar de Dios, como causa, a las cosas como efectos de esa causa. Parece haber una alternativa a la que se le escapa el pensamiento de Descartes. Y las dos primeras fases de su metafísica demuestran la imposibilidad de cualquiera de los caminos: la duda metódica, al mostrar que no hay certeza en las cosas sensibles, ni siquiera en las matemáticas, impide ir de las cosas a Dios. La teoría de las verdades eternas prohíbe derivar de Dios, como modelo, la esencia de las cosas" (*Historia de la Filosofía*).

Pero si podemos conocer, y con precisión, ya que la ciencia demuestra ser igualmente exacta cuando se convierte en tecnología, ni siquiera la "luz natural", que es propia del espíritu, está exenta de error: "nada me parece más absurdo que discutir aventuradamente los misterios de la naturaleza, la influencia de los cielos en la tierra, la predicción del futuro y cosas similares, como hacen muchos, y no haber investigado nunca si la razón humana es capaz de descubrir tales cosas. Y no debe parecer incómodo ni difícil determinar los límites del espíritu del que somos conscientes, ya que a menudo no dudamos en mantener juicios incluso sobre lo que está fuera de nosotros y es totalmente ajeno". Los errores se derivan ya sea de la imperfección humana, que el método (o incluso un método científico) puede curar, o del libre albedrío. En otras palabras, el error no puede estar en las cosas, que son lo que son, y por lo tanto "mi pensamiento no impone ninguna necesidad a las cosas": "mirándome más de

cerca y considerando cuáles son mis errores, que sólo atestiguan la imperfección en mí, descubro que dependen de la contienda de dos causas, a saber, el poder de saber que existe en mí y el poder de elegir, es decir, mi libre albedrío". En resumen, el conocimiento es deseable y posible, paradójico y precisamente desde una actitud escéptica. O, en otras palabras, "es la oscuridad misma la que me sirve como materia para formar un juicio claro y distinto". Si todo estuviera inmediatamente claro y seguro, no habría discusión o pregunta, y probablemente el pensamiento, el que agrupa el entendimiento, la voluntad y los sentidos, sería de otra naturaleza.

¿Pero qué hace posible el error? Consiste en la diferencia o relación imperfecta entre las dos facultades esenciales del alma: la inteligencia y la voluntad. La primera es pasiva y finita; la segunda activa e infinita. En sus palabras, "puesto que la voluntad es mucho más amplia y extensa que la comprensión, no la contengo dentro de los mismos límites, sino que la extiendo también a las cosas que no comprendo; de las cuales, puesto que la voluntad es indiferente por sí misma, se pierde muy fácilmente y elige el mal por el bien o lo falso por lo verdadero". ¿Es así que el falso juicio es un acto de la voluntad? No necesariamente, porque puede ser difícil encontrar a alguien cuya voluntad sea errar o permanecer en el error. "Pero como la voluntad es absolutamente necesaria para dar nuestro consentimiento a lo que percibimos, y como no es necesario, para hacer un juicio adecuado, que tengamos un conocimiento completo y perfecto, sucede tan a menudo que hemos dado nuestro consentimiento a cosas de las que nunca hemos tenido sino un conocimiento confuso".

Por supuesto, los errores provienen de la dificultad de las percepciones, las circunstancias externas y las culturas, pero la

voluntad tiene un lugar decisivo en la aceptación o el rechazo de lo que puede ser el verdadero conocimiento. Esto significa que debemos decir claramente lo que vemos y lo que no vemos claramente; que debemos traducir fielmente lo que sentimos; que debemos asumir la duda cuando no estamos seguros de saber. Por lo tanto, la veracidad es una declaración o adecuación que comienza con la sinceridad íntima o subjetiva. Al mismo tiempo, se percibe que la autoridad externa, como la teología escolástica, ha sido abandonada en favor de la conciencia individual, "a la manera luterana".

Nuestro poder de actuar bien o mal tiene su origen no en la libertad, sino en su imperfección, cuando se mezcla con la indiferencia. Y la indiferencia, a su vez, deriva de la imperfección de la comprensión: "esta indiferencia que siento, cuando no estoy absolutamente impulsado a un lado más que a otro por el peso de alguna razón, es el grado más bajo de libertad, y hace que parezca más una falta de conocimiento que una perfección de la voluntad; porque si siempre supiera claramente lo que es verdad y lo que es bueno, nunca tendría dificultades para decidir qué juicio o qué elección debo hacer; y así sería enteramente libre sin ser nunca indiferente. Por lo tanto, la indiferencia y la ignorancia no son condiciones de libertad, ya que son faltas o negaciones, mientras que *la verdadera libertad significa un poder real y positivo para determinar*. En resumen, la libertad encuentra aquí su perfecto sinónimo, la autonomía del *hombre recto* que, al mismo tiempo que la expresa, deriva de la comprensión correcta y la acción moral. También hay que señalar que mientras que gran parte de la filosofía antigua había atribuido a la necesidad una característica de lo absoluto, y a la adaptación del hombre a sus exigencias una

manifestación de sabiduría, para nuestro filósofo la base de la existencia humana descansaría más bien en la voluntad y la libertad.

En cuanto a la física cartesiana, comienza con la afirmación de que "cada cosa permanece en el estado en que está mientras nada la cambie". De esta ley se derivan otras dos: "siempre se conserva la misma cantidad de movimiento en el mundo", ya que, si un movimiento apareciera y fuera totalmente nuevo, tal fenómeno sería una nueva creación y, por lo tanto, estaríamos ante un acto milagroso; además, "todo cuerpo que se mueve tiende a continuar su movimiento en línea recta". La materia, una vez puesta en movimiento, ha producido el mundo tal como es, y no sucedería de otra manera. Esta misma materia, que es la extensión, ocupa el espacio indefinidamente. Y siendo la extensión divisible hasta el infinito, también es la materia indefinidamente divisible. Por lo tanto, el vacío no existiría. La importancia dada al movimiento hizo que Descartes concibiera la gravedad, la luz y el calor como desplazamientos, ondulaciones o torbellinos: "solo el movimiento que, según los diferentes efectos que produce, se llama a veces calor y a veces luz".

La geometría fue perfeccionada de manera innovadora por él cuando vinculó el dominio del espacio y sus cantidades continuas a los números y sus cantidades discretas. Con ella y sus aplicaciones en la Dioptría, el filósofo buscaba una ciencia operativa y práctica, complementaria de otra más antigua y satisfecha sólo con la contemplación.

En lo que respecta a la biología, hay que tener en cuenta que Descartes intuyó, a su manera, la teoría darwiniana de la selección natural. En un pasaje de *El Mundo* dice: "No es sorprendente que casi todos los animales engendren, ya que aquellos que no pueden

engendrar ya no lo hacen y por lo tanto no encuentran lugar en el mundo". En resumen, solo las especies fértiles sobreviven. Añadiendo las ideas de adaptación y transmisión de las características genéticas, llegamos a la biología moderna.

Y si el universo puede ser conocido por sus causas y efectos, esta racionalidad no lleva consigo otra consecuencia muy en boga en su tiempo, la llamada causa final: "no debemos presumir tanto y creer que Dios quiso que formáramos parte de sus concilios"; "no es cierto que Dios no tuviera otro propósito que el nuestro en la creación del mundo. En efecto, cuántas cosas hay ahora en el mundo, donde estaban antes y ya no están, sin que ningún hombre las haya visto o conocido, y sin ninguna utilidad para la humanidad"; "es algo pueril y absurdo asegurar en la metafísica que Dios, a la manera de un hombre orgulloso, solo tenía el propósito, en la construcción del mundo, de ser alabado por los hombres; y que creó el sol, muchas veces más grande que la Tierra, sin otro propósito que el de iluminar al hombre, que solo ocupa una pequeña parte de ella".

Para concluir, cuatro observaciones.

1) No olvidemos que el sueño del filósofo de ofrecer fundamentos seguros o exactos a la filosofía, como el principio normativo de la evidencia, fue lo que llevó a Husserl desde la filosofía como ciencia del rigor, y a través de las meditaciones cartesianas, a la fenomenología trascendental y a los desdoblamientos que esta corriente ha provocado.

2) Incluso los contemporáneos y la posteridad que lo criticaron fueron capaces de darle el valor que merece por su innovación y su prudente audacia. Así, por ejemplo, D'Alembert se manifiesta en el Discurso Preliminar de la Enciclopedia: "Descartes se atrevió al menos a mostrar a los buenos espíritus cómo sacudir el yugo de los

escolásticos, de la opinión, de la autoridad, en una palabra: de los prejuicios y de la barbarie. Y por esta revuelta, cuyos frutos reconocemos hoy en día, prestó a la filosofía un servicio más esencial quizás que todo lo que debe a sus ilustres sucesores. Podemos considerarlo como un jefe conspirador que, en primer lugar, tuvo el valor de levantarse contra un poder despótico y arbitrario, y que, preparando una revolución estruendosa, sentó las bases de un gobierno más justo y feliz, que no pudo ver establecido. Si terminó creyendo que todo estaba explicado, al menos comenzó por dudar de todo; y las armas que usamos para luchar contra él no le pertenecen menos porque las volvimos contra él". Por su parte, Karl Jaspers (*El pensamiento de Descartes y la filosofía*, Revista filosófica de Francia y del extranjero, 1937), aunque considera que el *cogito* se apodera sólo de sí mismo, porque toda determinación se le escapa, impidiéndole tener relaciones objetivas (opinión, por cierto, poco convincente) abre su ensayo con las siguientes palabras: "La gloria de Descartes es tan extraordinaria, su influencia histórica tan innegable, el estudio de sus principales escritos es aún en nuestros días tan indispensable para la educación filosófica del hombre que resulta superfluo insistir en su alcance histórico. Fueron notablemente los filósofos alemanes, después de Hegel y Schelling, quienes vieron en él el principio y el origen de la filosofía moderna... El pensamiento es conciso, cada frase tiene su lugar determinado; nunca se trata de cosas superficiales; no hay nada accesorio; el desarrollo de las ideas es claro, va directo al final, y el lector siente que se le impone la disciplina... (Su) gloria consiste en haber querido elevar la filosofía, por el método, a la condición de ciencia, extendiéndose, desde otro punto de vista, a la totalidad del campo

científico. De su razonamiento fundamental, no menos famoso, debe nacer la certeza".

3) Más modernamente, Alexander Koyré no tuvo miedo de decir: "Durante tres siglos todos nos hemos alimentado, directa o indirectamente, del pensamiento cartesiano, porque durante tres siglos, precisamente, todo el pensamiento europeo y todo el pensamiento filosófico se ha orientado y determinado con referencia a Descartes. ... una de las más profundas revoluciones intelectuales e incluso espirituales que la humanidad haya conocido jamás, la conquista decisiva del espíritu por sí mismo, la victoria decisiva en el arduo camino que lleva al hombre a la liberación espiritual, a la liberación de la razón y la verdad" (*Conversaciones sobre Descartes*).

4) Y si fue uno de los primeros pensadores de los tiempos modernos, tal vez fue, al mismo tiempo, uno de los últimos sabios en el sentido que la Antigüedad le prestó. Lo que significa poseer los siguientes atributos: mantener la serenidad frente a las inevitables tribulaciones de la vida; practicar el aislamiento de los demás hombres para reflexionar más allá de las cosas inmediatas, sub specie aeternis; tener la autarquía material indispensable para administrar la propia vida; y adquirir la más amplia conciencia de sí mismo para poder extraer de su interior la enseñanza más madura posible.